

HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTERES ESPECIALES QUE
PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO
Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MÁS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES,
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON
LOS RECIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO,
EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL,
EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITÁ POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion
de Nuestra Señora, en Barcelona.

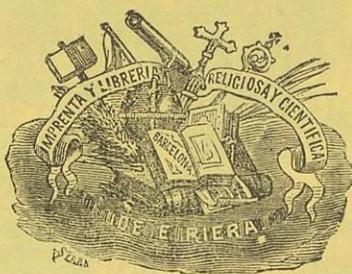
Cura propio de la parroquia de San Juan,
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PREVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO SEGUNDO.



BARCELONA:
IMPRENTA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA.

calle de Robador, núm. 24 y 26.

1877.

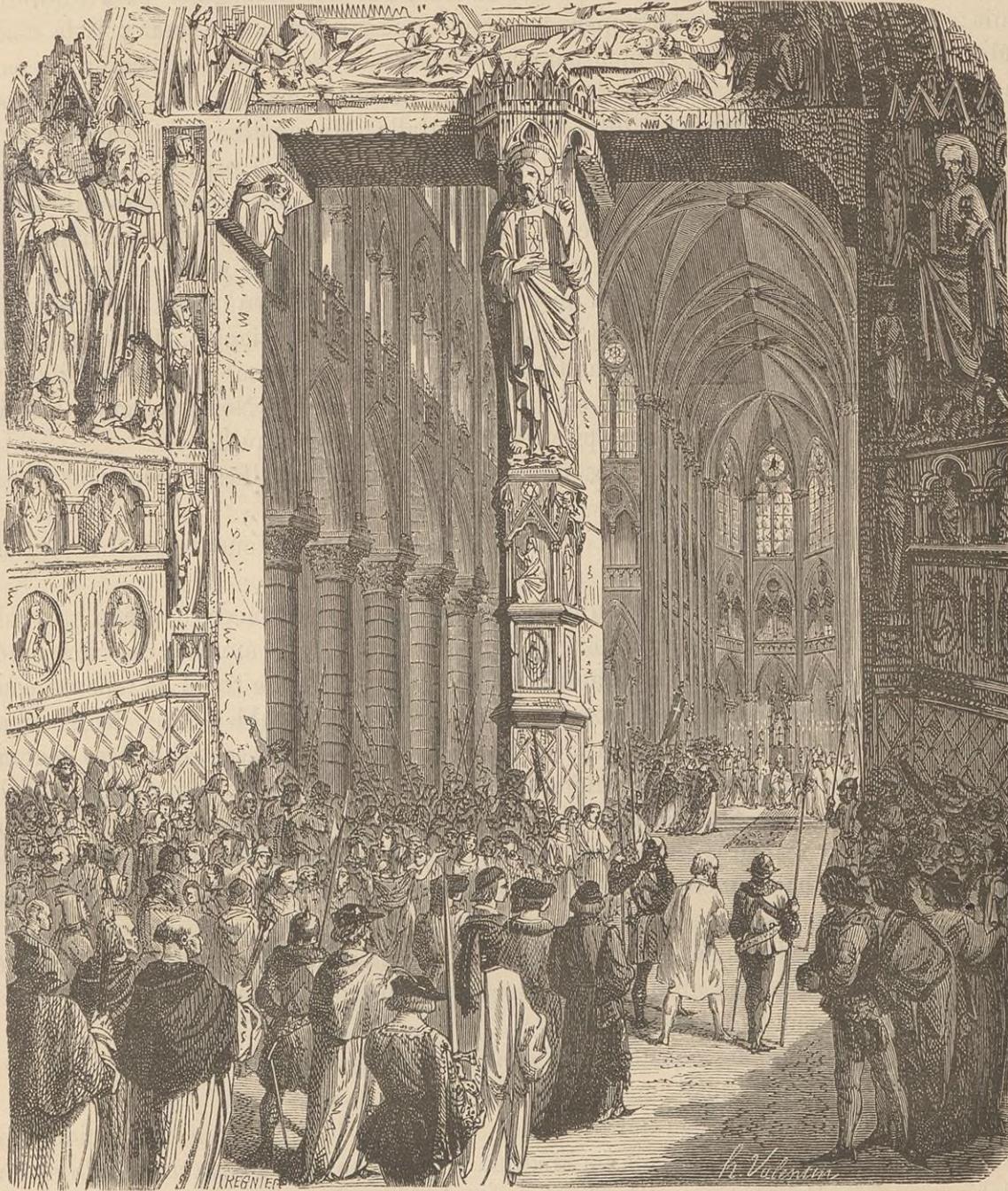
Cuaderno 59.

HISTORIA

DE LAS PERSBUCCIONES

día el punto de partida de la era musulmana, que empezó una nueva serie de años, que arranca de la célebre *hegira* ó huida de la Meca.

Con la prosperidad ó paz de que Mahoma disfrutó en Medina, su celo religioso chocó con un gran peligro, á cuyo ímpetu sucumbió; el predicador se hizo guerrero; el Profeta aspiró al papel de conquistador.



RAIMUNDO VII DE TOLOSA CUMPLIENDO UNA PENITENCIA EN LA IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA DE PARIS.

XXII.

Empresas militares de Mahoma.—Su propaganda religiosa.

Mahoma aspiró á la gloria militar proyectando obtener por la conquista el dominio de la Arabia; su primer objetivo fué la Meca. En Medina organizó un pequeño cuerpo de fanáticos secuaces dispuestos á derramar la sangre en defensa de la nueva doctrina y del Profeta que la predicaba. La sorpresa y el pillaje de una caravana de la Meca fueron su primera hazaña.

En ella sus soldados desplegaron extraordinario valor; pero Mahoma, soltando las riendas á su venganza, cebándose sobre las víctimas que le habian inferido agravios, descendió de la especie de espiritualismo á que se había elevado.

Para desautorizar á sus antiguos compatriotas los coraitas, encargó á los literatos del país redactaran y confeccionaran toda clase de sátiras y anécdotas perjudiciales á la fama de sus adversarios. «¿No ves esta lengua mía? le dijo Hassar, uno de los elegidos para difundir la calumnia; ella es corta, pero no hay cuero ni escudo que no pueda atravesar.» Esta medida adoptada por Mahoma no deja muy bien parada su santidad. Tampoco certificaron su continencia las numerosas mujeres con que se casó despues de haber perdido á su primera esposa.

Nuevas hazañas le esperaban en los campos de batalla. Mahoma se había cansado de ser el hombre de espíritu y sólo aspiraba á ser tenido por el héroe de la espada.

Los coraitas, rehechos de la derrota de Beder, primera accion sangrienta librada por Mahoma, juraron tomar un desquite. Tres mil guerreros se hallaban prontos á librar batalla en defensa de los dioses, que eran para ellos la personificacion de la patria. Una legion de mujeres, capitaneadas por la bella Hinch, cuyo padre había perecido á manos de Hamza en la batalla de Beder, comunicaba el ardor y la intrepidez á los combatientes. Los defensores y vengadores de la Meca cayeron sobre las llanuras de Medina, ganosos de obtener definitiva victoria. Hinch y sus heroínas atizaban el ardor bélico cantando: «Nosotras somos las hijas de las estrellas de la mañana; nuestros piés descansan en cojines mullidos.

«Rodean nuestras gargantas collares de perlas; nuestros cabellos despiden aromáticos perfumes.

«Nosotras abrazamos á los valientes que no retroceden; mas no cuente con nuestro amor el cobarde que desfallezca ó huya.»

La batalla empezó con encarnizamiento. En medio de ella Mahoma cayó herido gravemente. «Mahoma ha muerto,» tal fué la voz que retumbó en todos los ámbitos del campamento musulman. Una trinchera cubierta de arena por los enemigos se le tragó de repente con su caballo. Sus compañeros le sacan del pozo y le defienden con sus sables. Una flecha acerada hiere su rostro; piedras arrojadas de lo alto de la colina rompen su casco. Entónces Mahoma, temeroso de morir, exclama: «¿Quién quiere dar su vida por la mía?» «Yo,» responden ocho ó diez de sus discípulos, que caen heridos por él á sus plantas. Miéntras uno se tendía sobre su cuerpo para recibir los tiros asestados contra el suyo; otro chupaba la sangre para beber el veneno, si acaso se había mezclado con ella: «El que mezcla su sangre con la mía, le dijo Mahoma, no se quemará jamás en el fuego eterno.»

Con aquel episodio Mahoma dió demasiada importancia á su personalidad. Su apego á la vida mortal, su pusilanimidad ante el martirio contrastaba con el espíritu de desprendimiento inseparable del verdadero apostolado.

Las huestes mahometanas, consternadas al anuncio de la muerte del Profeta, quedaron como inmóviles; lo que facilitó el mayor empuje de los enemigos.

Cuando se restableció la verdad del hecho los soldados de la Meca habían obtenido ventajas decisivas. Mahoma entró derrotado en Medina. A no haber estado tan arraigado el prestigio del pretendido Profeta, aquel hecho funesto hubiera desacreditado su autoridad y su mision, pero el fanatismo es ciego y sordo. Así es que tampoco advirtieron los mahometanos la ferocidad y espíritu de venganza de que se manifestó poseído su jefe despues de la victoria.

Valiéndose de su sólido prestigio, Mahoma continuó su obra de conversion en toda la Arabia: corrientes numerosas de árabes reforzaban cotidianamente la agrupacion de los llamados fieles, que pronto fueron en número bastante crecido para entronizar en la Meca al de ella proscrito.

Mahoma entró por fin en su ciudad en alas de su predominio moral; dos mil mahometanos á caballo y armados, doce mil árabes de Medina, centenares de camellos cubier-

tos de flores y cargados de ricos presentes para el templo formaban el cortejo del conquistador. Los coraitas eran impotentes para empeñar la menor resistencia.

Mahoma se manifestó dispuesto á negociar su entrada pacífica á la ciudad sagrada. En el convenio reveló toda la extension de su talento político. Léjos de humillar á los vencidos, les guardó consideraciones que excitaron los celos y murmullos de sus soldados. A los que le echaban en cara su excesiva indulgencia: «Es que, contestaba, yo no soy el profeta de mis amigos, sino el profeta de la Arabia y de todos los creyentes futuros del mundo.»

La creciente pujanza de sus ejércitos impuso respeto á los demas poderes de la tierra; el emperador de los romanos, Heraclio, recibió con benevolencia á sus embajadores. Todos los países limítrofes de la Arabia reconocieron la necesidad de establecer con el ambulante reino mahometano relaciones políticas formales.

La Siria, no obstante, opuso á los huestes del Profeta un ejército de cien mil combatientes; que fueron por completo derrotados.

Más tarde volvió á la Meca para purificarla de sus ídolos. Habiendo visto pendiente de una cornisa de la Kaaba una paloma de madera, la arrancó é hizo de ella trizas contra la pared. Fué aquel acto como la señal del derribo simultáneo de los trescientos sesenta ídolos que adornaban el exterior de aquel santuario. Mahoma tomó la palabra y dijo estas memorables palabras: «La verdad ha venido. ¡Desvanézanse las sombras y las mentiras! Coraitas: ¡no hay más Dios que Dios! Él ha cumplido las promesas que hizo á su servidor y ha hecho triunfar su único nombre de los enemigos que lo desfiguraban! ¡nada de idolatría! ¡nada de desigualdades en la tierra! ¡abajo la soberbia diferencia fundada en la antigüedad de las genealogías y de los antepasados! ¡Todos los hombres son hijos de Adan, y Adan es hijo del polvo! ¡el fin comun de la creacion es una sociedad fraternal! ¡el más estimado de Dios es aquel que le teme y le sirve mejor en la tierra!»

Esta elevacion de lenguaje, que Mahoma había recibido de sus estudios sobre el Cristianismo, excitaban la admiracion en sus oyentes. No había ya disidentes en la Meca. Mahoma se subió á la cumbre de la colina de Jafa desde donde recibió el juramento de toda la poblacion convertida. Alborozado de gozo se manifestó dispuesto á olvidar todos los agravios pasados. El negro Walchi, matador de Hamza, el tío querido del Profeta, las mujeres que mutilaron los cadáveres de los creyentes en el campo de batalla del monte Ohad; la misma Hinch, la furia que había bebido la sangre del corazon de Hamza; Ikrima, otro de los vehementes organizadores de los huestes enemigas, todos fueron perdonados.

No se durmió Mahoma sobre los laureles obtenidos, sino que prosiguió su proyecto de someter á su ley todas las tribus. Al salir de la Meca para regresar á Medina chocó su ejército con las huestes de varios jefes infieles coaligados. Sangriento fué el choque; brillante, empero, la recompensa. Veinte y cuatro mil camellos, cuarenta mil carneros, millares de caballos, tesoros en alhajas y oro amonedado, fueron repartidos entre los vencedores.

Al llegar á Medina excitóse vehemente murmuracion contra el Profeta por la largueza que había usado con sus enemigos de la Meca, y la opulenta parte de botin con que había enriquecido á sus nuevos secuaces, con preferencia á los antiguos fieles. Entónces Mahoma se dirigió á los descontentos con los siguientes razonamientos, que son un tipo, un modelo de elocuencia tribunicia: «Conozco vuestras quejas: cuando vine á vosotros ocho años hace, estabais sumergidos en tinieblas, y os iluminé; erais débiles contra vuestros enemigos, y os di fuerzas; la discordia os devoraba, y os reconcilié; ¿no es verdad que hice esto?»

«Sí, sí, gritaban los sediciosos, te debemos gratitud.»

«Pues bien, replicó Mahoma, vosotros contestáis «sí,» y yo digo: no; ¡yo soy quien os la debo! vosotros podíais haberme contestado: «Tú viniste á nosotros fugitivo, y te acogimos; «proscrito, y te defendimos; acusado de impostura, y creimos en tí; rechazado por todo el mundo, cuando predicabas tu doctrina, y adoptamos tu ley;» esto podríais haberme respuesto, y hubierais dicho la verdad.»

«¡No, no, replicaron los medinenses; nosotros todo lo debemos á Dios y á su apostol!»

Confundiendo entónces Mahoma sus lágrimas de ternura con las de su adicto pueblo, prosiguió: «Amigos, sentís no haber participado de los bienes perecederos que he repartido entre los hombres de poca fe, á quienes es preciso ádherir á la causa de Dios por medio de recompensas carnales! ¡pero á vosotros, que sois desinteresados y firmes en la fe, no necesitaba seduciros ni atraeros á la verdad con semejantes bagatelas! ¡que se lleven otros los rebaños de ovejas y los camellos... vosotros os lleváis al profeta de Dios al seno de vuestras familias! ¡Por aquel que tiene en sus manos el corazón de los hombres, juro pertenecer á los creyentes de Medina y siempre estaré con ellos!»

Y levantando sus brazos, fijos al cielo los ojos: «¡Señor, Dios mío, exclamó; se propicio á los medinenses, mis aliados y mis fieles! ¡extiende tu misericordia sobre ellos de padres á hijos, de generaciones á generaciones!»

«Sea así, gritó unánime el pueblo, combatimos por el Dios del cielo, y no por los despojos de la tierra.»

XXIII.

Progresos de la mision de Mahoma.—Disipacion de sus costumbres.—Sus manifestaciones de piedad.—Episodios de su muerte.

No era posible conservar la paz y la tranquilidad en un *harem* formado por gran número de mujeres. Poco edificantes rivalidades estallaron en el interior del hogar doméstico del que se llamaba Profeta. Aquella carnalidad ardiente era incompatible con el espíritu de santidad. Sin embargo, los árabes disipados no comprendían el esplendor de las virtudes puras de la familia cristiana. La poligamia encarnada en el modo de ser de aquellas tribus orientales no empañaba la reputacion ni el concepto del que se presentaba como tipo de la conducta de los creyentes contemporáneos y futuros.

Mahoma era verdaderamente admirado. Los pueblos y las tribus empeñaron sostenida competencia para obtener su predileccion.

«Nuestras genealogías, decían los beduinos, nos aseguran la nobleza y el imperio; nuestros son los guerreros y los sabios; ¡nosotros cortamos cuantas cabezas pretenden igualarse á las nuestras!»

«Nosotros somos las huestes y los compañeros de Mahoma, respondían los de Medina; ¡por defender su vida hemos expuesto la de nuestras mujeres y la de nuestras hijas! ¡cómo! ¡atrevéos vosotros á hablar de nobleza y de gloria delante de nosotros! ¡vosotros, que dáis nodrizas á nuestros hijos y esclavas á nuestras casas!»

Este movimiento de concentracion de diversos pueblos hacia la persona del Profeta dió por definitivamente constituido al islamismo, que no era ya un cuerpo de doctrinas y una liturgia sino una completa organizacion política. El año noveno de la hegira fué llamado el año de las *embajadas*, por las cotidianas diputaciones que Mahoma recibió de todas las tribus de la Arabia y de muchos pueblos de fuera de ella.

Mahoma sentía debilitarse sus fuerzas, y quiso pasar á la Meca á despedirse de su cuna y de la Kaaba, libre ya de ídolos; desde la cumbre de la colina de Jafa, montado sobre un elefante, dirigió á la inmensa multitud de sus oyentes un discurso, que fué el último que salió solemnemente de sus labios: algunos de sus discípulos, escogidos por sus buenas voces, estaban escalonados por la colina y llanuras vecinas, para servir de ecos á la palabra debilitada del Profeta.

«¡Oh, hombres! dijo, sed elementes y equitativos los unos con los otros.»

«Que la vida y los bienes de cada individuo sean sagrados para todos, como este mes y este día son sagrados por los creyentes.

«Sabed que habéis de comparecer todos ante el Señor, quien os ha de pedir cuenta de vuestras acciones.

«Que todo hombre que haya recibido un depósito lo restituya fielmente cuando se le pida.

«Que aquel que preste á su hermano, no pida premio por su dinero.

«El deudor no devolverá más que el capital recibido.

«El interes de las sumas prestadas queda suprimido, comenzando por el interes de las sumas debidas á mi familia.

«No se vengarán los homicidios, comenzando por perdonar el de mi primo Rabbia, hijo de Narith, hijo de Abdelmotaleb.

«El año tendrá doce meses; cuatro de ellos serán especialmente sagrados.

«¡Oh, hombres! ¡vosotros tenéis derecho respecto de vuestras esposas, y ellas lo tienen igualmente respecto de vosotros! El deber de ellas es no deshonorar vuestra casa con el adulterio; si faltan á él Dios os permite apartaros de ellas y castigarlas; pero no con pena de muerte. ¡Debéis tratarlas con indulgencia y ternura! ¡Acordáos de que están en vuestras casas como cautivas sometidos á un señor!.. ¡Acordáos de que os han entregado su cuerpo y su alma bajo la fe de Dios! ¡que son un sagrado depósito que Dios os ha confiado!

«Os dejo una ley que, si la observáis fielmente, os preservará siempre de la idolatría, de la impiedad y del error; ley inteligible, luminosa, formal.»

Y luégo, dirigiéndose á Dios, dijo conmovido: «¡Dios mío! ¿he cumplido bien la mision que me confiaste?»

«Sí, Profeta, exclamaron millares de voces.»

«¡Dios mío! continuó él; ¡oye este testimonio de tus criaturas en favor mío!»

Bajó de su camello, oró un rato, y luégo exclamó otra vez:

«Hoy, creyentes, he terminado la obra de vuestra fe religiosa; lo que tenía que daros os lo he dado ya; el islamismo es la fe que Dios y su profeta esperan profesaréis.»

Al concluir esta alocucion, el pueblo reclamó algunas reliquias de su inspirado conductor. Un barbero rapó su cabeza y sus cabellos fueron distribuidos á los entusiastas secuaces.

No tardó Mahoma á llegar al fin de sus días. Consumido por lenta fiebre, pasó el último período en brazos de su esposa Aiche, quien le prodigó sus desvelos postreros.

Tres días de agitacion sufrió Mahoma ántes de espirar, entregado á continuos devaneos sobre el porvenir de su obra. Su idea predominante en el último período fué de guerra y exterminio: «Ahora que el veneno corroe mis entrañas y rasga mis venas es oportuno momento de proclamar la guerra santa, la guerra por el islam, con esta divisa por grito de combate: *«Cree ó muere.»*

El día segundo de su enfermedad llamó á Ouçamad, hijo de Zeid, le entregó el estandarte tejido por su mano diciéndole: «Haz la guerra santa en nombre de Dios, por la causa de Dios, y mata á cuantos se resistan á creer en Dios.» Despues se levantó, dirigióse á la mezquita, ofreció al pueblo su persona, pidiendo le castigaran si hubiera obrado mal; y terminó recomendando que arrojaran de la Arabia á los idólatras.

El tercer día fué el de su muerte; en el delirio de la fiebre exclamó: «Traedme tinta y pergamino, que he de escribir un libro, para que despues de mi muerte no permanezcáis eternamente en el error.» «El Profeta delira, dijeron sus amigos, ¿acaso no tiene escrito el Coran?» «Hé ahí, dijo Mahoma, que el ángel de la muerte me pide permiso para entrar: ¡qué éntre! añadió; toma mi alma.»

Ocupado en estos delirios lúgubres murió dominado de la altivez con que había vivido, segun la que pretendía alternar con los espíritus celestes y tratarse con ellos como de igual á igual. Mahoma se exhibía como el cumplimiento de aquella promesa consignada en el Evan-

gelio por Jesús: «Después de mí os enviaré á otro, que será vuestro consolador.» Se daba á los suyos como al verdadero *Paracleto*.

El pueblo, que había creído en la inmortalidad del Profeta, se resistía á creer en su muerte; más Abubekre, dirigiéndose á las masas, dijo: «Musulmanes, si adorabáis á Mahoma, sabed que Mahoma ha muerto; pero si adorabáis á Dios, sabed que Dios vive y no muere jamas.»

XXIV.

Carácter y cualidades de Mahoma.

Un eminente poeta é historiador ha emitido una detallada descripción de Mahoma, la traduciremos á estas páginas por no ser fácil trazar un retrato más detallado y exacto del genio que tanto dió que sufrir á la cristiandad entera.

Cuando murió Mahoma «tenía setenta y tres años. Á pesar de las visiones extáticas, enfermedad nerviosa que él mismo disfrazaba á sus propios ojos con el nombre de ascension al mundo de los espíritus y de colloquios con los ángeles, su cuerpo estaba tan sano como su inteligencia. La dulce majestad de su semblante revelaba en él una naturaleza superior que le sobreponía al vulgo de las gentes. Su estatura era elevada, la que Miguel Angel dió al Moises, que inmortalizó su cincel; ménos que un Dios, más que un hombre, ¡un profeta! Sus manos y sus piés, siempre desnudos, eran anchos, musculosos, oprimiendo bien la arena con el dedo pulgar del pié, sujetando bien el sable con el dedo pulgar de la mano. Un cutis fino, blanco, colorado en las mejillas, dejaba ver la red de venas henchidas de una sangre tranquila, aunque generosa. Su pecho, sin vello, respiraba con amplitud. Su voz grave y vibrante resonaba allí como en una bóveda llena de ecos. Sus ojos eran negros, penetrantes, húmedos á menudo de deleite, con más frecuencia todavía de entusiasmo. Su barba era negra, pobre y sin ondas como sus cabellos; su boca grande, pero habitualmente cerrada, parecía cortada para sellar los misterios ó para derramar las inspiraciones sobre el pueblo, como todos los hombres que conversan muchas veces con el mundo superior. En su sonrisa había más indulgencia que alegría, una gravedad compasiva se reflejaba habitualmente en su fisonomía. Sin embargo, amaba á los jóvenes, á las mujeres, á los niños, todo lo que en la naturaleza es bello é inocente. La belleza reinaba en sus sentidos, y los deleites eternos no se presentaban á su imaginación más que bajo las facciones de la mujer. Hasta los ángeles de su paraíso eran apariciones femeninas...

«Excepto el invencible atractivo que ejercía en él la hermosura de sus esposas, atractivo que le hizo olvidar la santidad de la union de los dos sexos en su ley, su vida era sobria, austera, casi ascética, llena de meditaciones, ayunos, abstinencias, oraciones de presencia de Dios, de asistencia al templo, de abluciones modestas, de prosternamiento en el polvo, de predicaciones al pueblo. En sus relaciones con el mundo no afectaba ninguna superioridad más que la de la santidad profética.

«Sus vestidos eran los del pobre; tosca tela de lana de carnero, cinturones de cuerdas trenzadas de pelo de camello constituían su traje. Rechazaba como excesivamente lujosos los turbantes de algodón blanco de las Indias, que usaban sus guerreros. Se sustentaba con dátiles y leche de sus ovejas, que ordeñaba á veces él mismo; no se servía de su esclavo para los más modestos servicios domésticos sino en muy raras ocasiones; él iba á sacar el agua del pozo, barria y lavaba el pavimento de su casa; sentado en el suelo sobre su estera, componía el mismo sus sandalias y sus vestido viejos.

«Su único refinamiento consistía en la limpieza del cuerpo, de la que ha hecho en el Corán una imagen de la pureza del alma; peinaba su barba con cuidado; se teñía de negro las cejas y las pestañas; se pintaba las uñas con el *henné*, color que da un reflejo de púrpura

á los dedos de los piés y de las manos de las mujeres árabes. En lugar de espejo servíase de una poza de agua, en la que se miraba para arreglar con decencia los pliegues de su turbante.

«No atesoraba; distribuía el producto del diezmo que había impuesto á los bienes y á los despojos entre sus guerreros y los indigentes...

«Todo el islamismo descansaba en Mahoma. Su persona era la clave de su organizacion moral y material. Creacion exclusivamente suya, tenía en sus manos los hilos de aquella inmensa red, en la que iba á aprisionarse casi el mundo entero. Si hubiéramos existido en aquellos días, si hubiéramos presenciado el rápido desarrollo del islamismo durante la vida de su fundador, al morir éste, hubiéramos abrigado la esperanza de verlo sepultado con sus restos. Pero Dios permitió que la obra más vergonzosa aparecida aquende el Evgangelio, se salvara de la ley impuesta á las creaciones puramente humanas. ¡Respetemos los indescifrables desig-nios de Dios! ¡quién es capaz de comprender el secreto de los juicios divinos!»

Mahoma había conseguido formar un discipulado adicto á su persona, conecedor de su plan, identificado con su programa, convencido de los principios fundamentales de su doctrina y dispuesto á llevar adelante su obra, sin atender á la variedad y á la gravedad de los obstáculos posibles.

No murió el islamismo, ántes bien obtuvo más compaginidad y robustez al espirar el genio que lo concibió en Oriente.

XXV.

Relaciones del islamismo con el Cristianismo.

Conviene dejar perfectamente sentado, para comprender la verdadera filosofía de la historia, que Mahoma, en el punto de partida de su empresa, no obró impulsado por el espíritu de rivalidad al Cristianismo. El objetivo de sus ataques fué la idolatria; y ésta era cabalmente tambien el blanco de los combates del Cristianismo. Para conseguir su levantado fin, Mahoma se instruyó en las doctrinas religiosas en su tiempo conocidas, y que no encontró en la doctrina cristiana ninguna dificultad capital para la emancipacion de sus compatricios de los antiguos y bárbaros usos, demuéstrole el hecho de que algunas de las más sólidas bases de su *Coran* son un reflejo más ó ménos fiel de verdades evangélicas.

Cuéntase que habiéndose refugiado algunos de los primeros discípulos de Mahoma en la Abisinia, huyendo de la persecucion, fueron recibidos con júbilo por los abisinios, convertidos ya á la fe cristiana. «¿Qué nueva religion es esa por la cual abandonáis vuestra patria?» preguntóles el Rey en presencia de los obispos. Los árabes respondieron: «Señores, nos hallá-bamos sumidos en las tinieblas, cuando apareció un hombre ilustre y virtuoso de nuestra raza; él nos ha enseñado la unidad de Dios, el desprecio de los ídolos, el horror á las supersticiones de nuestros padres; él nos ha preceptuado que abandonemos nuestros vicios, que seamos sinceros en nuestras palabras, fieles á nuestras promesas, benéficos con nuestros hermanos; él nos ha prohibido atentar contra el pudor de nuestras mujeres, despojar á las viudas y á los huérfanos; él ha prescrito la oracion, la abstinencia, el ayuno y la limosna.» «Exactamente lo que á nosotros se nos ha enseñado, prescrito y prohibido,» dijo el Rey, y añadió: «¿Podríaís repetirnos de memoria algunas de las palabras de ese apóstol que os ha enseñado su religion?» —«Sí,» dijo un coraita, y recitó un capítulo del *Coran*, en el que se refiere con el mismo estilo de las Escrituras el milagro del nacimiento de Juan, hijo de Zacarías. El Rey y los obispos, llenos de admiracion y de piedad, derramando lágrimas de contento, exclamaron: «Hé aquí palabras que parecen emanar de la misma fuente del Evgangelio.» Y para cerciorarse de la ortodoxia doctrinal de los refugiados, dirigiéronles esta pregunta concreta: «¿Qué pensáis

de JESUS?» Á esta pregunta, Djafar, hijo de Abutaleb y primo de Mahoma, respondió con este pasaje del *Coran*: «JESUS es el servidor de Dios, el enviado del Altísimo, su Espíritu, su *Verbo*, enviado por Él al seno de la Virgen María.»

«¡Milagro! exclamaron unánimes Rey y obispos; ¡entre lo que has dicho del CRISTO y lo que dice nuestra Religión no cabe un cabello! Id, vivid aquí en paz!»

Si Mahoma hubiera tenido la fortuna de mamar los principios cristianos con la leche maternal, probablemente se limitara á ser un celoso apóstol de la religion de JESUCRISTO en la Arabia. Su programa hubiera sido la reforma de la Arabia por el Cristianismo. Nótase alguna semejanza entre los rasgos característicos de Mahoma y los que distinguieron la típica fisonomía moral de san Pablo. La llama del genio fulguró brillante en ambas frentes; ambos poseyeron una tendencia incontrarestable á la difusion ilimitada de su espíritu; ambos poseyeron una inteligencia clarísima y vastísimo corazón; ambos fueron hombres de ideas y de sentimientos; ambos se sintieron soberanos á todos los obstáculos; ambos elevaron sus miradas sobre el horizonte de su siglo y de los siglos próximos, y los extendieron á era ilimitada; ambos eran fogosos, enérgicos, impetuosos, capaces de sacrificar grandes intereses en aras de sus principios, y dispuestos á sacrificarse ellos mismos por la causa que se sentían llamados á defender. Puesto Mahoma en las mismas condiciones de Pablo, destinado á obrar en el mismo campo que éste, á respirar su misma atmósfera, el profeta de la Arabia es probable no hubiera sido ménos fecundo para la Iglesia que el Apóstol de las naciones. Faltóle á Mahoma la caída de caballo, ó en expresiones más propias, el Señor no se dignó llamarle en los términos en que llamó al convertido de Damasco. Entregado al dominio de sí mismo, Mahoma no supo qué hacer de su genio, y con bastantes elementos para ser el apóstol de una religion verdaderamente espiritual y pura, vino á parar á agente de la carnalidad y del sensualismo elevados á piedad.

Mahoma es quizá el más inexplicable contraste personal que se encuentra en la historia del mundo. Tal mezcla de santidad y de corrupcion, de elevacion y de bajeza, de degradacion y de nobleza, como la que aparece en su personal vida, no se ve en ninguna otra parte ni en ningun otro tiempo reproducida.

Cuando estudió el Cristianismo de boca de los monjes y de los solitarios sirios, su alma se dilató. Buscaba un horizonte, un mundo nuevo para él, en donde pudiera encontrar elementos para regenerar á los suyos. Porque en lo que no vaciló jamas fué en comprender la necesidad de poner fin á la depravacion moral de la Arabia. La idea de reformar la Arabia fué su idea espontánea, ó mejor, la idea que revelaba en él la mision que Dios le tenía reservada. Esta fué su idea, la idea que Dios le había otorgado á él ántes que á los demas coraitas. Esta idea santa, providencial, le hizo ya gigante cuando áun era niño. Fué la primera que distinguió su razon; la que irradió sobre su alma aquellos resplandores que le distinguían entre los jóvenes y hasta entre los niños contemporáneos.

Buscó la manera de cumplir su mision, y el Cristianismo naturalmente se le presentó como el camino conducente á aquel fin. Pero Mahoma, al aceptar su mision, no quiso desnudarse de su personalidad. Limitándose á ejercer el apostolado cristiano, hubiera sido el continuador, el propagador de una obra, no su autor. Sintióse demasiado grande para decir como san Pablo: «Señor, ¿qué queréis que haga?» Y dijo: «Yo sé lo que he de hacer.» «De Dios abajo, nadie como yo.» Esta fué la orgullosa y altiva apreciacion que costó millares de víctimas al mundo y privó al Cristianismo por siglos de la posesion de la tercera parte de la tierra.

Pablo se engrandeció aceptando la plenitud del espíritu cristiano y no separando su apostolado del apostolado de JESUCRISTO. No aspiró á ser autor, sino instrumento del Evangelio. Glorióse de ser colaborador de los enviados por el Verbo. Eclipsó su personalidad para que luciera en toda plenitud su mision. La dependencia de su alma á JESUCRISTO y á la Iglesia le ayudó á dominar sus pasiones individuales. Carne y gloria fueron así cautivas de su espíritu libre, y así y sólo así el apostolado de Pablo fué purísimo y eficazísimo.

El tropiezo de Mahoma consistió en el anhelo para que se destacara su personalidad sobre su mision. Independiente de toda ley y de toda doctrina, no quiso que nada fuera en él esclavizado. Dejó la soberanía á su carne y á su gloria, y por esto su obra reformadora en idea no reformó nada en la práctica. La carne mantuvo en el islamismo la idolatría de los sentidos allí donde había la idolatría de las imágenes; la gloria sustituyó la presuncion del despotismo humano á las preocupaciones de la barbarie arábica. El harem y la espada son los únicos trofeos gloriosos de la revolucion consagrada en la Kaaba. Para obtener estos resultados no se necesitaba por cierto pasar largas temporadas recluso en las cuevas solitarias del monte Hira.

El *Coran*, libro que pretendió el Profeta contuviera la suma doctrinal y el código religioso del islamismo, es incontrovertible testimonio de la funesta antítesis entre la mision providencial y las aspiraciones personales del Profeta. Examinándolo detenidamente, se ve marcada la lucha entre el espíritu cristiano y la pasion humana. Se ve allí un corazon que se eleva hasta á las verdades eternas y luégo descendiendo hasta las corrupciones carnales. El paraíso de los ángeles y el harem de las prostitutas, el alma volando y la carne hirviendo, todo está revuelto en aquel libro, aborto de un genio admirable, y en el que Dios permitió quedase evidenciada la diferencia, la contradiccion formidable entre los rasgos del elegido fiel y los rasgos de la eleccion propia.

Como era natural, el *Coran* sólo ha sido fecundo en derramamiento de sangre.

La idea del apostolado se convirtió pronto en ansia de conquista. Los templos fueron ciudadelas; las iglesias ejércitos; las banderas sagradas enseñas de guerra. Soldado y creyente fueron dos palabras sinónimas en el islamismo. Sin fe en la persuasion, sólo se confió en la fuerza. El imperio de la fuerza y la soberanía de la carne son los dos resultados de la obra personal de Mahoma.

XXVI.

Persecuciones mahometanas á la cristiandad.

El lema de Mahoma es, no la conversion, sino la conquista del mundo. Por esto el primer movimiento de sus discípulos fué hacia los países que el fundador les había designado como á presa inmediata. Siria y Persia se vieron inundadas por los torrentes de soldados de la Arabia electrizada.

Abubekre empezó el ejercicio de su califato concentrando numerosas fuerzas para imponer el símbolo mahometano á los pueblos idólatras y á la cristiandad misma. En la revista que pasó á las masas de combatientes que secundaron el llamamiento á la *guerra santa*, les dijo: «Dios es el que vive, Él os guarde. No volváis jamas la espalda al enemigo; no manchéis vuestra victoria con la sangre de las mujeres. Respetad las palmeras, los campos de trigo, los árboles frutales; sed fieles á los convenios que celebréis... mas para los miembros de la congregacion de Eblis, que los distinguiréis por la tonsura que usan, no haya cuartel; hundidles el cráneo si no abrazan el mahometismo.» Por los miembros de aquella congregacion entendía los sacerdotes y los monjes.

Al entrar en Siria el vicario de Mahoma recibió legados de Heraclio, emperador romano, ofreciéndole presentes; expresion imprudente de una amistad que los semisalvajes árabes tradujeron por temor. Importantes ciudades doblaron pronto la cerviz bajo la cimitarra de Abukerque. No disfrutó el primer califa sino corto tiempo de la gloria de sus triunfos; murió cuando empezaba á saborear los primitivos frutos de la sangrienta semilla sembrada en la Meca, contento, decía, porque había alcanzado el venturoso y deseado tiempo en que «los infieles empezaban á creer, los impíos concluían de dudar, y los mentirosos confesaban la verdad.»

Omar fué elegido en su lugar. El primer pensamiento del nuevo Califa fué cumplir este

mandato del Profeta: «No dejéis subsistir dos religiones en la Arabia.» En consecuencia desterró á cuantos cristianos y judíos habitaban en aquellos países. Depurada la Arabia, prosiguió la conquista. Ciudades tales como Emeso y Heliópolis cayeron á sus plantas.

Heraclio, asombrado de la rápida marcha del ejército mahometano, le opuso las legiones de sus soldados, que hubieron de ceder al impulso de las cimitarras del desierto.

Los restos del ejército romano, concentrados en el vallecito del Jordan, lugar famoso por los milagros que en ellos obró CRISTO, cubrían todavía á Jerusalem. Abu-Obeidah, general mahometano, consultó á Omar sobre la dirección que daría á sus irresistibles huestes. «Hiere al corazón,» contestóle el Califa. El corazón era Damasco. La capital de Siria rivalizaba en poder y grandezas con Alejandría y Constantinopla. Todo sonreía alrededor de aquella reina de las ciudades orientales muellemente recostada sobre dilatadas alfombras de fresco y riente césped. Tres ríos animaban su industria siempre activa y fertilizaban sus jardines siempre floridos. La poesía y el comercio tenían en la capital de la Siria un centro de inspiración y de riqueza. Las llanuras de Damasco aparecieron á los ojos de los mahometanos como la imagen del paraíso celeste que el Profeta les describió en su *Coran*. Cuatro meses de combatir costó á las huestes de Omar la posesión de aquella ciudad, corazón de la Siria y llave de la Mesopotamia.

Conquistada Damasco, toda la Palestina presintió la proximidad de su esclavitud. Ochenta mil romanos hicieron el último heroico esfuerzo en las orillas del Jermuk para cortar las alas al siniestro genio de la victoria; pero la bravura del águila imperial fué ineficaz. No había obstáculos insuperables para las huestes del desierto.

Jerusalén abrió sus puertas al rival orgulloso de JESUS. Omar penetró en ella, bien que dispuso el cielo que el mismo jefe adversario de los cristianos rindiera homenaje respetuoso á los altos y sagrados recuerdos en la ciudad santa vinculados. Tuvo Omar presente, según él mismo afirmó, que «JESUS era un gran profeta y que Mahoma había partido de la ciudad de Sion para subirse al cielo.» Vino, pues, personalmente á recibir la capitulación de los cristianos, manifestóse tolerante hasta cierto punto, prohibiendo sin embargo á los cristianos todo acto conducente á combatir el islamismo ó conseguir la abjuración de los discípulos de Mahoma. Omar erigió una suntuosa mezquita en el lugar donde estaba la piedra llamada *Essakra*, donde Jacob había reclinado la cabeza durante su profético sueño.

La toma de Jerusalem por un ejército cuyos estandartes ostentaban un tinte religioso era de primera importancia. Dominar sobre el sepulcro de JESUS, enseñorearse de los lugares que fueron el campo de los sobrenaturales hechos con que el Hijo de María quiso ostentar la divinidad de su persona y de su obra, excedía ya las primitivas aspiraciones del hijo de la Meca.

Heraclio se descorazonó. No creyendo posible hacer frente á la victoriosa marcha de los soldados del islam, exclamó: «Adios, Siria.» Los sirios cristianos unos se dispersaron, otros abrazaron la fe del vencedor.

Simultáneamente á la conquista de Siria rindióse la Mesopotamia entera á los emisarios de Mahoma.

Luégo tocóle el turno á Egipto. Memphis cedió despues de siete meses de resistencia á las huestes decididas de Amrú. Alejandría necesitó mayores y más constantes sacrificios, bien que conquistada ella se poseía el corazón y la cabeza de todo el reino. Era aquella hermosa capital como el receptáculo de las riquezas del mundo antiguo, porque servía de depósito á los más exquisitos productos de tres continentes.

Allí perdieron para siempre la ciencia, la historia y la religion tesoros invalorables. La biblioteca de Alejandría era el tesoro intelectual del mundo. «¿Qué debe hacerse de la gran biblioteca?» preguntó Amrú á Omar. «Quemarla, contestóle Omar; si esos libros contienen la doctrina del *Coran* son inútiles; si encierran doctrinas contrarias son perjudiciales.» Este rasgo caracterizó el desprecio del islamismo á toda ciencia. Las llamas se tragaron los frutos de la meditación de los más eminentes talentos de la antigüedad, y hasta documentos irrecu-

perables que hoy, puestos á merced de la filosofía de la historia, hubieran alumbrado horizontes que permanecerán desconocidos, gracias á haber extendido sobre ellos una nube de humo la bárbara mano del islamita.

No podía retardarse la hora de combate para la Persia. Tenía aquella nacion que rendir grave cuenta á la divina Providencia. La sangre de muchos confesores ilustres derramada por el magismo pérsico clamaba venganza al cielo. Khaled se presentó á la Persia. El rey envió algunos emisarios al campamento islamita: «¿Qué motivo, dijeron los persas, os impulsa á hacernos la guerra, pues no la hemos provocado?» «Dios nos ha ordenado, respondieron los árabes, que llevemos el islamismo ó el Dios único á todos los pueblos, y nosotros obedecemos al mandato divino.» «¿Quiénes sois vosotros, replicaron aquéllos, nacion indigente y diseminada como viles insectos en la arena para pretender imponer leyes á un imperio glorioso como el nuestro?» «Lo que decís de nuestra indigencia y barbarie era verdad ayer. Sí, éramos pobres, comíamos gusanos y serpientes, hubo quienes entre nosotros mataron sus hijas por no alimentarlas. Sin leyes, ni freno, ni doctrinas éramos el pueblo más envilecido de la tierra. Mas hoy somos un pueblo nuevo. El hombre que Dios suscitó en medio de nosotros, que es el más distinguido de los árabes, nos enseñó la unidad de Dios y la santidad de la vida. Él nos ha iluminado, nos ha instruído y nos ha hecho valientes y fuertes. Él nos ha dado un destino en el mundo, diciéndonos: «Acabad mi obra, extended por todas partes el imperio «del islamismo... á las naciones que rehusen aceptar el islamismo les haréis la guerra hasta «que las exterminéis.»

Árabes y persas confiaron el fallo al éxito de las armas. La primera batalla fué terrible. Los persas, para eludir la posibilidad de una retirada vergonzosa, se ataron unos á otros con anillos de hierro. Así perecieron en masa. Despues de aquella jornada sangrienta, calificada de *jornada de las cadenas*, Khaled entró en Babilonia ciñendo la tiara persa de Hormuz. Una segunda derrota acabó de precipitar al imperio altivo de los persas.

En Ilira, ciudad ilustre habitada por extraordinario número de cristianos, Khaled fué sumamente expresivo. Convocó los jefes de aquella cristiandad y les propusó escogieran entre pagar un tributo, ó abrazar la ley de Mahoma, ó seguir peleando hasta el exterminio de una de ambas religiones litigantes.

Como prefirieran los cristianos someterse á la tributacion para conservar su culto: «¡Insensatos! les dijo Khaled, vosotros sois viajeros extraviados en el desierto; dos guías se os presentan, Jesus y Mahoma; aquél os es desconocido, éste es compatriota vuestro; ¡y confiáis vuestra salvacion al extranjero!»

En Ilira, Khaled organizó mahométicamente las provincias persas, ya todas sometidas. Á los magnates les dirigió un mensaje concebido en estos términos: «En el nombre de Alá clemente y misericordioso, á los señores persas, ¡gloria á Dios que derriba vuestro imperio y aniquila vuestro poder! Uníos á nosotros en la fe nueva del islam y declaráos súbditos nuestros. Sea que os sujetéis, sea que resistáis, habréis de recibir al fin nuestra ley, porque os la impondrán hombres que aman la muerte tanto como vosotros estáis apegados á la vida.»

Aun no había transcurrido un siglo desde que los persas habían devastado la Palestina, é impulsados por el furor de la impiedad, cayendo sobre Jerusalem, se llevaron cautiva la santa Cruz en que murió el Redentor, arrancando un grito de protesta y de amargura de la cristiandad entera. Y cuando Heraclio les envió embajadores para tratar las bases de la paz, llevados los magnates persas del odio tradicional que al Cristianismo profesaban, le contestaron: «La primera base ha de ser que Heraclio y sus pueblos abjuren la religion cristiana y se decidan á adorar al sol.»

Aquel imperio, dominado por las supersticiones de los magos, empezó á recorrer rápidamente el declive de su prosperidad y á correr sin freno á la perdicion en el día en que osó cautivar el glorioso trofeo del que vino á esclavizar la esclavitud.

Al saber que la santa Cruz estaba en Persia, varios súbditos del emperador Cosrões se deci-

dieron á ocuparse de aquel histórico y sacrosanto leño. Muchos se convirtieron al Cristianismo, tocados, heridos por el celestial calor que irradia siempre del árbol, cuyo fruto fué la salvacion. Entre los convertidos cuéntase Anastasio, que ocupaba un distinguido lugar en el ejército persa. Convencido del carácter sobrenatural de la religion cristiana, abandonó la milicia y se retiró á un monasterio, donde se ocupó constantemente en la lectura de los actos de los mártires. El heroismo de los decididos confesores excitó su admiracion, que pronto se trocó en deseos de recorrer el camino que ellos recorrieron. Recibió el bautismo en Jerusalen, y despues de algun tiempo pasado en otro monasterio para fortificarse y confirmarse en la fe, regresó á Persia decidido á propagar la doctrina de JESUS. Ya por el camino tuvo el consuelo de ser encadenado y azotado á causa de su fe. Conducido cautivo á Persia, y encerrado en una prision, á seis millas distante de la residencia real, recibió los agentes de la corte, venidos con la consigna de arrancar al heroico confesor la abjuracion del Cristianismo. Su negativa fué castigada con bárbaros tormentos. Dos horas estuvo suspendido por una mano, teniendo colgada de un pié una piedra. Su constancia no palideció.

Setenta cautivos cristianos fueron extrangulados á su presencia. Y al terminar aquel espectáculo le fué ofrecido el perdon y la recompensa si consentía en adorar otra vez al sol, que ántes había adorado. Anastasio prefirió la muerte. La recibió tranquilamente anunciando el próximo castigo de los enemigos del nombre cristiano.

Diez días despues Heraclio derrotó á los persas, recuperada ya la santa Cruz y restituída por su mano á la santa ciudad de Jerusalen.

Los árabes acabaron de hundir el imperio de los magos, cuyos últimos días fueron manchados por la persecucion y el martirio de Anastasio, y de los setenta confesores que en su presencia murieron.

El mahometismo fué el castigo que el Oriente infiel á la vocacion divina atrajo contra sí. «El Oriente, escribió Riancey, no quiso el Evangelio, rechazó la fe en el Verbo encarnado, y fué condenado al islam, á la fe en el Profeta, y él mismo ejecutó la sentencia...

«A la santa libertad del Cristianismo prefirió la servidumbre del error; ella la obtuvo por larga serie de años. Á la emancipacion intelectual, á la regeneracion, prefirió la esclavitud del espíritu y el embrutecimiento de los sentidos; la conquista mahometana le aseguró largamente la posesion de esta preferencia.»

Así los cristiános en Persia estuvieron bajo la presion de dos persecuciones simultáneas, la de los magos y la de los mahometanos. El vencido y los victoriosos se hallaban de acuerdo en perseguir á la reducida, pero valiente Iglesia, que desde su cuna venía allí luchando.

XXVII.

Generalízase la lucha de los mahometanos contra la Iglesia.—Persecucion á la Iglesia de España.

Las victorias de los soldados del islam acrecentaron la sed de conquista; creyéronlas otras tantas garantías de la próxima posesion del mundo, y ya no hubo fronteras para la ambicion de los árabes. El estandarte del Profeta erigióse por todas partes frente á frente la Cruz. Amargos días empazaron para la cristiandad.

Uno de los campos regados con más abundancia de sangre de mártires fué España.

Los huestes del Profeta acampaban victoriosas sobre todo el litoral africano, desde donde casi divisaban la fértil Iberia, cuyas disensiones intestinas debilitaban su poder que la union hubiera hecho invencible. Por desgracia medraban en España, en aquellos como en estos tiempos, algunos hombres más ávidos de pujanza que de fidelidad. La nacionalidad y la fe no pesaban tanto en el ánimo turbulento de aquellos miserables como el afan de ver saciadas sus innobles pasiones personales. Trataron y convinieron la perdicion de estos reinos,

con los que, al impulso de un sentimiento de fanatismo mahometano, volaban de continente á continente y de isla á isla pervirtiendo las costumbres, combatiendo la fe cristiana, debilitando las razas de los pueblos que conquistaban y preparando para el islamismo la universalidad del imperio.

La Iglesia católica en España había sufrido mucho á causa del poder que en este país alcanzaron los herejes; en el reinado de Witiza la desmoralización pública consiguió extraordinario desarrollo con el ejemplo de la perversidad de costumbres del monarca y con la laxitud de sus decretos. Rompiéronse las relaciones entre la Santa Silla y el trono; abolió el Rey el celibato de los eclesiásticos, abrió las puertas de la patria á los judíos é introdujo la agitación y el encono en el seno de la familia real. Manchó sus manos con la sangre del príncipe Theodofredo. Al traves de aquel desórden tomó el cetro D. Rodrigo, que debía cosechar los frutos de la semilla esparcida por su antecesor. «No perdió él el reino, sino que lo encontró ya perdido,» dice Florez.

«Se cuenta,—dice D. Antonio Conde en su *Historia de la dominacion de los árabes en España, sacada de varios manuscritos y memorias arábicas*,—que un principal cristiano de Tanja le refirió (á Muza) con mucha verdad cuanto convenia saber de la condicion y estado de los pueblos, del mal gobierno del rey Ruderic (Rodrigo), de su falta de justicia, y como por esta causa era muy poco amado de sus agentes, que todos lo tenían por un injusto usurpador del reino de los godos.

«Excitaban el ánimo de Muza para emprender esta conquista las apacibles descripciones que hacían de España los moradores de Tanja y otros africanos; hablaban de su delicioso temperamento, de su claro y sereno cielo, de sus muchas riquezas, de la calidad y virtud maravillosa de sus plantas y frutos, de la sucesiva bondad del tiempo en todas las estaciones, sus oportunas lluvias, sus ríos y copiosas fuentes, los magníficos restos de sus antiguos monumentos, sus vastas provincias y ricas ciudades. En suma, que las amenidades de España no las puede igualar ni expresar el más elegante discurso, ni en la carrera de sus excelencias hay quien se le adelante, que en esta competencia aventaja á todas las regiones de Oriente y Occidente; que España es Siria en bondad de cielo y tierra, Yemen ó feliz Arabia en su temperamento, India en sus aromas y flores, Hegiaz en sus frutos y producciones, Catay ó China en sus preciosas y abundantes minas, Adena en las utilidades de sus costas; que en ella hay ciudades y magníficos monumentos de sus antiguos reyes y de los tirios, que fueron siempre pueblo sabio, y que todavía se conservan restos de ellos en España, como de Hércules el grande, en la estatua de Gezira Cádiz, y el ídolo de Galicia, y las grandes ruinas de Mérida y Tarracona, que no se ha visto cosa semejante.

«Persuadido Muza y resuelto con la esperanza de tan rica y gloriosa conquista, escribió al Califa y le propuso la importancia de esta empresa; decíale como con ayuda de Dios había hecho tributarios á los Zenetes y otras tribus berberies, de Zab y Derar, Sahra, Mazamuda y Sus; que los vencedores musulimes tremolaban las banderas del islam en las torres de la Tanja, que desde esta ciudad hasta la opuesta costa de Andalucía, no hay más que un estrecho de mar de doce millas, que con su licencia y mandamiento haría pasar á España los conquistadores del Africa para llevar á ella el conocimiento de Dios y la ley alcoránica. El Califa aplaudió este intento, fundado, así en las tradiciones que había del enviado de Dios que prometía la extension de la ley en el último Occidente y la conquista de las últimas regiones, como en la confianza de su constante fortuna.»

Como se ve, el lema de la invasion era religioso, dar á España el conocimiento de Dios y establecer en ella la legislación alcoránica. Sin duda, los cristianos que informaron á Muza de las excelencias de esta tierra parangonándola con las más privilegiadas regiones del orbe, olvidáronse de decirle que, apoyada su fe cristiana en un *pilar celestial*, la empresa de derribar el símbolo apostólico de la patria de Hermenegildo era empresa que excedía á las fuerzas mahometanas; que en España podría suceder que dominaran los moros por el hierro; pero ja-

mas sería posible que el islamismo arraigara en los corazones del pueblo más poseído de los sentimientos del Evangelio.

En efecto, vinieron las huestes aguerridas y ardorosas del África, y encontrando desprecenido el país, sorprendieron en el sueño de la indolencia y de la molicie al rey y á los súbditos. La batalla de Guadalete fué la sangrienta portada de la historia de horrores, cuyo fin glorioso escribieron en Granada siete siglos despues los Reyes Católicos.

Muchos fueron los españoles que, acobardados ante la perspectiva de males inherentes al triunfo del estandarte mahomético, abjuraron la fe de sus padres y consintieron en esclavizar su alma á fuer de hacer ménos pesada su esclavitud material; incalculables fueron tambien las pérdidas que sufrió la Iglesia en España en preciosidades, en edificios, en monumentos; sin embargo, la cristiandad española no quiso inclinar el santo lábaro, la Cruz, gloriosa enseña á cuya sombra había emprendido el sendero de la verdadera grandeza.

Sería preciso historiar detalladamente la marcha de los moros por los cristianos campos de la España y las vicisitudes de sus conquistas, si pretendiéramos enumerar las luchas materiales y morales que hubo de sostener la Iglesia contra los creyentes del Profeta.

Opónese á ello la índole de este tratado, que es sólo una coleccion acabada de cuadros en los que se exhiben sintéticamente los combates característicos sostenidos por la santa Iglesia.

Era de confesores y mártires, era de apóstoles y santos fué aquel dilatado período en que el amor á la fe y á la patria convirtieron en gigantes invencibles á un puñado de católicos dispuestos á sacrificarlo todo ántes que la fidelidad de Dios y la independendencia nacional.

La pujanza de la España durante la dominacion goda acababa de desaparecer. El empuje de los árabes y africanos arruinó aquel edificio, minado en sus cimientos por la disipacion de costumbres, y aquellas ruinas sirvieron, como todos los escombros, de dique ó embarazo á la libre accion de los caídos. La Iglesia, cuyas sillas episcopales igualaban en esplendor á los tronos, y en cuyas santas catedrales se reverberaba la celestial gloria, hubo de resignarse á fijar el centro de su propaganda en lo más fragoso de las extremas cordilleras. Dos cuevas, dos peñas fueron los puntos de partida providenciales de la restauracion católica del país, que es igual á decir, de la reconquista de la nacionalidad. Covadonga y la peña de San Juan fueron los dos manantiales de guerreros y de santos, destinados á empezar el sorprendente milagro de la resurreccion de un pueblo.

Aquellas fueron las verdaderas catedrales desde donde partían las palabras alentadoras de la fe y del valor cristianos.

La vista del grave peligro que corría la Religion aunó los varios partidos existentes ya entónces en España, originados y apoyados en la diversidad de razas, provincias, ideas, costumbres é intereses, de que la nacion española era abigarrado conjunto. «Solamente, dice el historiador Lafuente, la Religion perseguida por los sectarios del islam era el punto en que los desgraciados podían convenir para aunarse á la defensa comun. Por esto Pelayo invoca á la Madre de Dios al enarbolar el estandarte de la independendencia y se confiesa deudor de ella en la victoria; por esa razon los pocos cronistas de aquel siglo y el siguiente usan un lenguaje bíblico, acumulan milagros sobre milagros, y nunca pierden de vista á Faraon sumergido con su poderoso ejército en obsequio de un puñado de escogidos. La Religion va marcando los pasos de aquellos pobres insurgentes, y su historia se lee en las paredes de sus modestas iglesias: donde se consigue un triunfo se erige un templo en vez de columna ó trofeo, y Dios entra siempre á compartir los despojos de los vencidos.»

Por otra parte los invasores apoyaban sus atrevidas empresas en la devocion á sus fanáticas y crasas supersticiones, fiando en el mantenimiento y ardor del celo para la gloria de Alá y de su Profeta el éxito venturoso. De ahí que muchas de sus derrotas fueran por los mismos atribuidas á la decadencia del espíritu religioso, de cuyos hechos indiscutibles se desprende la apurada situacion religiosa de los vencidos.

XXVIII.

En qué consistía la prosperidad posible de la Iglesia en España bajo la dominación musulmana.
Principales persecuciones y mártires españoles en los siglos IX y X.

Vencedoras las huestes islamitas de los cristianos pueblos españoles, tuvieron en sus manos incondicionalmente la suerte, el modo de ser civil de la Iglesia. No entró en sus cálculos eliminarla enteramente de la faz ibérica, ya porque Mahoma había consignado una especie de principio de tolerancia religiosa, ya porque equivaliera tal eliminación á la despoblación rápida y total del suelo español. Quedó, pues, sentada en principio la legalidad de la Iglesia, bien que circunscrita su vida y su desarrollo á límites, que debían con el tiempo debilitarla y asfixiarla. Permitida era á los españoles la profesión del Cristianismo; pero les era prohibido todo acto público de fe. «Solían, dice el escritor que últimamente hemos citado, los mahometanos apoderarse de la iglesia mejor del pueblo para convertirla en mezquita, y mucho más si estaba en paraje céntrico y elevado, cuya situación y fortaleza podía inspirar recelos á los vencedores; permitíase también á los cristianos conservar sus iglesias, mas no podían repararlas sin permiso de las autoridades musulmanas, y se les prohibía enteramente hacerlas nuevas... prohibíase también el insultar á la religión musulímica, ni el proferir dieterios contra su pretendido profeta: autorizaban la apostasía del cristianismo y se castigaba á los infieles que se oponían á ella; mas no se permitía al musulime hacerse cristiano en ningún caso, sin que las autoridades musulmanas supieran el caso y autorizaran la ejecución.

«Pagaban los cristianos un tributo que consistía en la quinta ó décima parte de las rentas, según la capitulación hecha: las poblaciones que se habían resistido solían tener que pagar la décima. El modo con que se cobraba este impuesto era bastante irregular... dependía por lo común del capricho de los walíes, cuya conducta era algo arbitraria. Además, por la conservación del culto religioso y varios de sus actos, por la administración de justicia y aun para satisfacer algunas necesidades de la vida civil, estaban sujetos á tributos harto pesados...»

Hé ahí el *máximum* de prosperidad á que podía aspirar la Iglesia en aquellos días. Era la prosperidad del esclavo. Sólo por misericordia del vencedor gozaba la cristiandad del ejercicio de estos derechos otorgados por conmiseración ó por cálculo; pero de ninguna manera concedidos á título de justicia. Confiando la aplicación de estos derechos ó favores al criterio de magistrados musulimes, que eran naturalmente los más celosos adictos del *Coran*, y por ende los más feroces adversarios del Evangelio, son de suponer las restricciones y obstáculos que crearían á su ejercicio.

Milagro providencial fué la conservación de la Iglesia al través de tantos obstáculos, de tantas redes y de tantos peligros. No registra la historia un ejemplo sorprendente como este de la conservación de una institución rodeada de atmósfera de veneno y de muerte.

No hay pueblo cristiano en esta bendita tierra española que no mereciera en aquella época infortunada la corona del martirio. Perseverar en la fe era entonces indefectiblemente sufrir. Y si sufrían las muchedumbres congregadas en las escabrosas montañas defendiendo en las asperezas de los riscos pirenaicos los últimos palmos que le quedaban á la patria independiente, no sufrían menos aquellos habitantes que, sin arrastrar los azares y riesgos de la armada pelea, resolvieron mantener la cruz en sus frentes, en medio de las tribus arrogantes de sus enemigos.

Paz no la conoció la Iglesia en este país desde la invasión de Muza por Gibraltar hasta la salida de Granada de Abu-Abdallah, rey musulime.

Pero en aquel sangriento y triste período destácanse algunos episodios cuyo relato no puede faltar en un tratado de las persecuciones sufridas por la Iglesia.

Entre las cristiandades que dieron en este lugar y en aquellos tiempos notable contingente de mártires, descuella la de Córdoba, que fué notablemente pródiga en derramar sangre preciosa en defensa de la religion de JESUCRISTO.

Era monarca de los musulimes Abderraman II, cuando arreció la animadversion de los sectarios contra los cristianos.

Una de las víctimas del celo en el cumplimiento del ministerio sacerdotal fué Prefecto, quien conducido ante los tribunales é interrogado sobre sus doctrinas, hizo tan explícita y elocuente profesion de la fe católica y condenó con tanta energía los errores del *Coran*, que su martirio fué el hecho más lógico dados los principios sustentados por sus jueces. Á presencia del populacho de Córdoba fué sacrificado al terminar una de las pascuas musulmanas, siendo su sangre generosa brutalmente profanada por la fanática plebe.

Al año siguiente, que era el 852, un opulento comerciante cordobés, conducido por sus émulos industriales ante el tribunal, fué interrogado sobre su fe. No la tenía en tan poca estima que la pospusiera á la conservacion de sus riquezas y de su vida, y así la confesó tan explícita y cordialmente, que cuantos oyeron aquella confesion previeron que el confesor Juan seguiría luégo las huellas del martirio, todavía abiertas por Prefecto. Más de quinientos bastonazos sufrió resignado, y despues fué paseado casi exánime, montado en un burro, clamando el pregonero: *Así será castigado quien hablare mal del Profeta y de su ley.*

Aquel rigor excesivo impulsó á otros fieles ardientes á conquistar igual corona. Un monje del monasterio Tabanense dejó lasas perezas de Sierra Morena y descendió á Córdoba, presentóse espontáneamente ante el juez y le reconvino por la profesion de los errores mahométicos. Tal fué la vehemencia del discurso de Isaac, que el juez, irritado, no supo contenerse, contestando con atroz bofetada á los argumentos del intrépido confesor. Isaac fué luégo decapitado.

Dos días despues Sancho, jóven soldado de la guardia del Emir, se declaró cristiano para hacerse participante de la gloria de Isaac.

De Sierra Morena bajaron algunos monjes compañeros del mártir, corriendo al martirio como ciervos sedientos corren al agua. Pedro, Wistremundo, Walabonso, Sabiniano, Habencio y Jeremías eran sus nombres. Confesaron heroicamente la divinidad de JESUCRISTO y declararon la impostura de Mahoma, anhelosos de morir en premio de su confesion. Todos fueron decapitados y sus cadáveres quemados en la plaza pública. No tardaron otros dos mártires á aumentar la serie de los sacrificados; llamáronse Sisenando, natural de Beja, y Pablo, diácono de la iglesia de San Zoil, de Córdoba.

Algunos tibios mozárabes que pasaban casi como á desertores de las banderas de JESUCRISTO, sintieron reanimar su fe religiosa á la vista de los espectáculos del heroismo cristiano.

«Contábanse entre estos cristianos débiles, dice Lafuente, Aurelio y Félix; aquél hijo de árabe y cristiana, pero ya huérfano, seguía ocultamente la religion materna en que le educara una tía de su madre; mas no quería declararse cristiano por no perder su nobleza y comodidades. Aurelio, más débil todavía, no tan sólo no pasaba por cristiano, sino que había faltado á la confesion de la fe en un momento crítico, de cuya falta estaba arrepentido: ambos estaban casados con dos cristianas ocultas; Aurelio con Sabigotho, y Félix con Lihosa. Encontróse aquél con la turba que iba insultando al confesor Juan, el comerciante, cuando le conducían afrentosamente por la calle, y lleno de indignacion á la vista de aquel espectáculo, se decidió á concluir con los respetos mundanos en vez de acobardarse, como parecía natural. El Espíritu Santo, á cuya inspiracion obedecían, lo disponía así; Aurelio y Sabigotho llevaron su abnegacion hasta el punto de prepararse al martirio, vendiendo sus bienes y repartiéndolos á los pobres, excepto una corta pension reservada para el mantenimiento de sus hijos, á quienes colocaron en el monasterio Tabanense. Despues de prepararse con actos del mayor fervor, decidiéronse al martirio los cuatro esposos, y para ello convinieron en que Sabigotho y Lihosa fueran á la iglesia á cara descubierta. Produjo esto el resultado apetecido, pues preguntando los musulmanes á los esposos cómo dejaban á sus mujeres entrar en aquel sitio, respondieron:

HISTORIA DE ESPAÑA, HISTORIA

En esta obra se trata de la historia de España desde sus orígenes hasta el presente. Se abarca desde la prehistoria hasta la actualidad, pasando por la época romana, visigoda, árabe y cristiana. El autor analiza los factores políticos, económicos y culturales que han moldeado la nación española.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

Esta obra ofrece una visión general de la historia de Francia, desde la fundación del reino hasta la revolución francesa y el imperio napoleónico. Se destacan los hitos más importantes de la cultura y la política francesa.

LA VENTURA DE ESPAÑA

Este libro explora el destino y el futuro de España en el mundo moderno. Analiza los desafíos políticos y económicos que enfrenta el país y propone soluciones para su desarrollo sostenible y su integración en la comunidad internacional.

EL PERIODICISMO

O LA RUMBA DE LA CONCIENCIA

Este capítulo trata sobre el papel del periodismo en la sociedad española. Se discute cómo el periodismo ha servido como un instrumento de denuncia y de formación de opinión pública a lo largo de la historia.

INVESTIGACIÓN HISTÓRICA Y SUS MÉTODOS

Este capítulo describe los métodos y técnicas utilizadas en la investigación histórica. Incluye la recolección de fuentes, el análisis crítico de documentos y el uso de herramientas modernas de investigación.

ALIMENTOS EN TIEMPOS GUERROS Y DESASTRES

O SEÑALES TERRESTRES DE LA VIDA DE NUESTROS

POBRES Y RICHES

Este capítulo aborda el tema de la alimentación y el bienestar social durante períodos de crisis. Se examina el impacto de la guerra y los desastres en la vida cotidiana de la población.

LA PASIÓN DEL RENOVAMIENTO

Este capítulo trata sobre el movimiento de renovación cultural y política que surgió en España a principios del siglo XX. Se analizan las ideas y acciones de los intelectuales de la época.

AÑO DE MARCHA

Este capítulo describe un año crucial en la historia reciente de España, marcado por eventos políticos y sociales de gran importancia. Se detallan las acciones y consecuencias de este período.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *más de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales más.—Van publicadas 102 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con más de 1000 bellísimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, producción, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—También se facilita ir adquiriéndola por suscripción, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

ARMONIAS ENTRE GOZOS Y PESARES,

Ó ESCENAS TIERNAS DE LA VIDA DE SAN JOSÉ,

POR D. JOSÉ PALLÉS.

Dos abultados tomos en 4.º, á 57 rs. en pasta; ó 186 entregas á cuartillo de real cada una, dejando á la voluntad del suscriptor el tomar semanalmente las que guste.

LA PASION DEL REDENTOR.

Por José Pallés. Obra dedicada al Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Valencia.

Consta de dos tomos en 4.º, con 24 preciosas láminas y una *Vista de Jerusalem*, á 72 rs. en pasta; ó 242 entregas de 8 páginas, á cuartillo de real la entrega.

AÑO DE MARIA,

ó coleccion de noticias históricas, leyendas, ejemplos, meditaciones, exhortaciones y oraciones para honrar á la Virgen santísima en todos los dias del año. Por José Pallés.—Obra dedicada á la cristiandad entera.

Constará de seis tomos en 4.º ilustrados cuando ménos con 60 láminas.—Cada tomo comprende dos meses.